

Cuadernos Botánico Sociales

Editorial

Todos los fuegos el fuego

Yuri Carvajal Bañados
Mirtha Parada Valderrama¹

La tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego.

Gustav Mahler.

Nuestro planeta es el único lugar conocido en donde existe fuego. Eso viene ocurriendo aquí desde hace unos 500 millones de años. Oxígeno atmosférico en una concentración alrededor del 20% y una masiva proliferación de carbohidratos gracias a la fotosíntesis, han hecho posible los ecosistemas y la vida actual.

Esta excepcionalidad vital ha producido y configurado nuestras formas de coexistencia.

Las irrupciones del fuego recientes son el signo de una profunda dislocación de estas reglas. Señal de la desnudez e intemperie en la cual vivimos. Los incendios del 2017, 2024 y 2026 en la zona central expresan una profunda alteración de las normas de vida bajo las cuales hemos desarrollado estados, gobiernos, salud pública, medicina, países. Se torna obvio que se trata de instituciones profundamente inadecuadas para abordar lo que realmente sucede y entregar comprensión y entendimiento a los habitantes de nuestro territorio.

Los fuegos que nos acosan no pueden seguir siendo considerados prometeicos. Es obvio que no somos su dueño ni que un semidiós lo robó para nosotros. El fuego no es propiedad privada, ni es parte de un delito, ni se resuelve con castigos. No está en el orden de la verticalidad, la jerarquía, pues no ha sido arrebatado al cielo.

En verdad, el fuego ocurre más como está inscrito en la tradición indoamericana (el desanizador de pájaros): un signo de amistad entre animales y vegetales, hermanados en un intercambio circular energético en el dar, recibir, devolver, al igual que esa desviación impredecible y espontánea de los átomos en su caída por el vacío, un clinamen.

Apaciguar los salvajismos estivales supone volver a inscribir el fuego en formas de reciprocidad. Reducir las magnitudes de energía asociadas a la vida de los humanos y propender a consumos austeros y en sintonía con los otros seres vivientes sin excepción. Hemos desplazado de manera extremadamente asimétrica nuestra coexistencia, acumulando gigantescas masas y flujos materiales del lado humano en desmedro del resto. Encerramos y criamos especies para el consumo, goce y derroche humano, trastornando las leyes básicas de la vida. La única excepción a este abuso parecen ser las bacterias.

Para evitar fuegos salvajes, es necesario cambiar el juego de encierro y domesticación que estamos ejerciendo. Sin amos ni imperios, no hay salvajes ni domesticados.

¹ Editores Cuadernos Botánico Sociales. Correspondencia a: cms@colegiomedico.cl

Necesitamos más bosques nativos, vitales para la vida, pues protegen los suelos contra la erosión, purifican el aire y proveen recursos esenciales. Hay que recrearlos y hacerlos proliferar. No podemos seguir creyendo que la suerte climática del planeta se juega en oficinas y reuniones. Los incendios nos recuerdan dolorosamente que cambio climático y antropoceno viven en lo abierto y cotidiano, en los ecosistemas y junto a vegetales y animales.

Por nuestra parte, los establecimientos de salud no sólo requieren reducir sus consumos, residuos (plásticos) emisiones, huellas de carbono y de agua, sino además recrear espacios de bosque nativo en su interior. Cada incremento de un ejemplar nativo en el espacio clínico equivale al menos a un paciente recuperado más prontamente, a un funcionario ambientalmente activo y a un ser vivo no humano, coexistiendo dentro del espacio clínico. Tal vez, sea una sana manera de adaptarse a la reducción de presupuesto fiscal.